



# CRÓNICA DE CÓRDOBA Y SUS PUEBLOS III



ASOCIACIÓN PROVINCIAL CORDOBESA DE CRONISTAS OFICIALES

EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE CÓRDOBA

Córdoba, 1994



**CRÓNICA DE CÓRDOBA  
Y SUS PUEBLOS  
III**

**COORDINADOR DE LA OBRA: JOAQUÍN CRIADO COSTA**

**ASOCIACIÓN PROVINCIAL CORDOBESA DE CRONISTAS OFICIALES**

**EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE CÓRDOBA**

**Córdoba, 1994**

**Dep. Legal:** CO-462/1989

**Imprime:** Tip. Católica, S.C.A.  
Políg. Ind. La Torrecilla  
Córdoba

## LA ERMITA DE SAN JOSÉ, DE MONTEMAYOR

Pablo MOYANO LLAMAS

La religiosidad popular se concretó siempre en algunas devociones comunes en muchísimos casos, más particulares en otros. Entre las devociones está el fervor por algunos crucificados o nazarenos que dieron origen a la Semana Santa. Así por ejemplo los Cristos de la Vera Cruz, Jesús con la cruz a cuestas, El Amarrado o Ecce Homo, la Virgen de la Soledad o Los Dolores. y no digamos nada de algunas advocaciones marianas que están en la raíz de infinitas fiestas patronales. La devoción a la Virgen Nuestra Señora está en la entraña de la religiosidad popular. Religiosidad popular que se concretó sobre todo en el siglo dieciséis en un puñado de cofradías, como la ya nombrada de la Vera Cruz, el Santísimo, la Caridad, Dulce Nombre de Jesús, San Sebastián o el Rosario, erigida en Córdoba en muchísimas parroquias a impulsos del obispo dominico Pimentel. Pero aparte de algunas devociones comunes, cada pueblo, cada ciudad y parroquia, supo alimentar ese fervor con alguna advocación inicialmente por algún sacerdote o laico y que poco a poco contagiaria a todo el vecindario, si es que ya no lo estaba. Fruto de ese fervor particular o colectivo fue en el siglo XVI y XVII la proliferación de ermitas. También en el siglo XVIII, pero la mayoría de ellas se erigieron en esos siglos. Muchas dentro del casco urbano de los pueblos, algunas en las entradas (de los pueblos), y en casi todos, alguna que otra en el campo, al borde de un camino o sobre la cumbre de un cerro, imitando de esa forma las tradiciones de la antigüedad que erigían santuarios lo más altos posible como si quisieran de esa forma acercarse más a Dios o a la Virgen María.

Esa proliferación de ermitas —no había pueblo que no contara con tres o cuatro—, demuestra ese sentido religioso tan metido en el alma de los pueblos, que veían en la Virgen y en algunos santos el remedio seguro para calamidades públicas, como pestes, sequías, enfermedades, etc. Las ermitas eran pararrayos para atraer el favor divino y las protección de María. Los infinitos exvotos aún colgados de las paredes testifican el papel que jugaron y continúan ejerciendo hoy, a pesar de todos los pesares. Hoy esa religiosidad tal vez esté más viva aún que hace siglos, basta subir a las Ermitas, Araceli, la Sierra, el Muriano con su Virgen de los Pinares, Luna o el Valle, por citar unos cuantos nombres. La lista sería interminable.

Montemayor no está ajeno a esa religiosidad popular. Más bien habría que decir todo lo contrario. La proliferación de ermitas lo constata. En el siglo pasado contaba con estas: Vera Cruz, San Sebastián, la Caridad, Santo Cristo, Señor San Pedro, Jesús Nazareno y San José. De ellas, cuatro –Jesús Nazareno, Vera Cruz, San Sebastián y San José– están hoy totalmente restauradas y en pleno servicio. Tres al servicio de las hermandades de Semana Santa: Vera Cruz, Jesús Nazareno y San Sebastián. La de San José cobija la nueva hermandad de San Isidro Labrador.

Esta ermita de San José es sin duda alguna la que lleva el fervor popular. Decir que hay un día misa en esa ermita es garantizar la asistencia de más de cien personas. Y son muchos los devotos que acuden con frecuencia para cumplir alguna promesa, dejar una ofrenda de velas o de flores. En las grandes ocasiones –19 de marzo, uno de mayo, sábados de ese mismo mes, romería de San Isidro, último domingo de octubre– la ermita es de todo punto insuficiente para albergar los devotos. La ermita está poco más o menos a kilómetro y medio del pueblito, por el camino que va a Fernán-Núñez. Se trata de un templo de una nave, precedida de un porche abierto. Una pequeña espadaña alberga el campanil, por cierto todavía el primer campanil y único que tuvo. Tiene un sencillo retablo dorado, bastante simple con un nicho y dos óleos pequeños de San Pedro y San Pablo. Construida sobre una pequeña elevación, la ermita constituye una estampa muy sugestiva. Muy pronto va a cumplir trescientos años.

Para fortuna nuestra el legado de la ermita de San José de Montemayor fue uno de los que se salvaron de la quema en 1936. He aquí la historia del templo: En junio de 1696 se eleva un escrito al pastor de la diócesis que a la sazón debía de estar en la villa de visita pastoral. Dice así:

“Eminentísimo señor: El licenciado Pedro de La Mata y Luque, presbítero, vecino de esta villa, con todo rendimiento puesto a los pies de vuestra eminencia dice que ha tenido y tiene gran devoción al glorioso patriarca señor San José y estando con deseos de hacerle una ermita en sitio propio del suplicante extramuros de esta villa, donde hay huertas y otras heredades con sus casas y dotarla con rentas bastantes para su fábrica y para que un sacerdote diga Misa todos los días de fiesta para el alivio de su vecindad del dicho sitio, que muchos no la oyen por no venir al lugar y dejar sus haciendas aventuradas al daño, por todo lo cual, suplica a V.E. con todo rendimiento sea servido mandarle conceder dicha licencia que espera cierto el suplicante de la gran caridad de V.E. cuya vida guarde Dios en toda grandeza los muchos años que los criados de V.E. desean y han menester”.

Con fecha 7 de junio de 1696 se contesta en estos términos: “Concedemos licencia al suplicante para fabricar la ermita que se refiere en este memorial poniendo en ella campana y puerta al campo y mandamos no se pase a celebrar en ella en el ínterin que alcance nuestra licencia, la cual concederemos habiendo dado orden para visitarla y estando decente para celebrar en ella”.

No debieron de ser muy rápidas las obras. Pero apenas se concede la licencia para edificar la ermita Don Pedro de la Mata y Luque encarga al gran escultor granadino Bernardo de Mora una talla de San José. O tal vez ya estaba encargada antes del memorial de junio de 1696. Y digo esto porque nos deja constancia de que “en 12 de febrero de 1697 se trajeron de Granada las imágenes de San José y del Niño “que las hizo Bernardo de Mora”. Posteriormente al mismo escultor se le encarga una imagen de la Concepción que no vino a Montemayor hasta el día 28 de abril del año 1700. Costaron las imágenes: San José y el Niño, 1.100 reales; la Inmaculada, 900 reales.

Las obras de la ermita concluyen en primeros de mayo del año 1700. Se bendice la ermita el día de San Isidro de ese mismo año.

Un dato sumamente curioso nos deja Don Pedro de la Mata en la misma hoja ya reseñada. Entre la ermita y casa adjunta para vivienda de santeros se gastan 8.570 ladrillos y 3.925 tejas. Sin embargo el legajo no deja constancia de factura alguna sobre el retablo, ni tampoco el nombre del autor del mismo. don Pedro de la Mata y Luque cumplió su palabra de dotar a la recién estrenada ermita de bienes suficientes para celebrar el culto todos los domingos y fiestas. En inventario posterior de 1758 queda constancia de las tierras cedidas a las ermitas:

“Cuatro aranzadas de viña de dicha ermita con distintos árboles frutales y veintiséis moreras”.

Una aranzada de olivar con cuarenta pies alrededor de dicha ermita.

Dos aranzadas de olivar en un pedazo con setenta y cinco pies enfrente de dicha ermita. Confina con olivar del Santísimo Sacramento sita en la parroquia de esta villa y con otro de Martín José Sánchez, sale al camino de entrada en dicha ermita.

Un pedazo de tierra de erial en el pago de Valdearenales, Término de esta villa que confina al sur con olivar del vínculo que en ella fundó Pedro Ruiz Moreno, y de presente goza Don Pedro Moreno Varona, a poniente como la senda que de esta villa sale al molino que dicen Buena Vista.

En total siete aranzadas de olivar más otro terreno de erial. Consta también la escritura de imposición de algunos censos en favor de la ermita.

Se dota a la ermita de San José de todos los objetos referentes al culto: cáliz de plata, casullas, albas, cíngulos, manteles, atriles, lámparas, misales, hostiarios, candelabros, frontales de altar, paños.

Entre las joyas sobresalen:

Corona imperial de plata para la Virgen.

Corona y potencias del Niño.

Una azucena de plata para las manos de la Virgen.

Venera de plata para San José.

Joya de plata de filigrana con esmaltes falsos para adorno en el pecho del Niño.

Veintiocho dijes de plata.

Un anillo de oro con esmaltes de la Virgen.

Una cruz de plata sobredorada para el pecho de la Virgen.

Un anillo de oro con esmeraldas y piedra encarnada del Niño.

Cuatro dijecitos de plata.

Un canuto de plata cincelada con la reliquia de San Jocundo. (Consta en el legajo la bula de esta reliquia firmada en Roma el día 28 de noviembre de 1683 por el cardenal Gaspar de Carpineo. La bula se trajo a Fernán-Núñez junto con la reliquia que posteriormente sería cedida a la ermita de San José sin duda a petición de Don Pedro de la Mata y Luque, apellido ése muy ilustre en Montemayor, de gran influencia social en la villa, rico en bienes de fortuna y que dio muchos hijos a la Iglesia a la que sirvieron como vicarios y rectores tanto en Fernán-Núñez como en Montemayor).

Con el paso del tiempo la ermita de San José se convertiría en centro de peregrinación y de culto. Pronto el agua de su pozo cobró fama de milagrosa. Hasta no hace mucho era normal acudir hasta la ermita desde Fernán-Núñez y Montemayor para beber un sorbo de agua o llevarla a los enfermos.

Otra curiosa tradición de la ermita era acudir allí en un domingo de cuaresma para el sorteo de las ayudas que se daban como producto de una fundación para el casamiento de huérfanas, que tanto abundaron esas fundaciones por estos pagos en casi todas las parroquias. En la ermita de San José la costumbre era meter todos los nombres de las solicitantes en un recipiente de barro y una mano de niño sacaba las cuatro o cinco papeletas que resultaban premiadas bien con dinero o con las ropas para el ajuar de las pobres que pretendían contraer matrimonio.

Con el tiempo surgió en torno a la ermita una nueva costumbre. Cuando pasaba la fiesta de San José la imagen, tallada por Bernardo de Mora, se trasladaba en procesión hasta la parroquia. Allí quedaba recibiendo culto hasta su traslado a la ermita en octubre. Esta fue la causa de su destrucción en la mañana del día 24 de julio de 1936. En ese aciago día la incultura y el odio desatado contra la Iglesia hizo que Montemayor perdiera la mayor parte de su patrimonio artístico de la parroquia y de la aldea ermita de Jesús Nazareno, como ya expuse en anterior Asamblea de los Cronistas. Delante del castillo ducal de Frías una enorme hoguera dio al traste con tallas de valía incalculable, con cálices, cuadros y sobre todo imágenes. Entre ellas estaba la de San José con el Niño. La imagen de la Concepción, de Bernardo de Mora, pudo salvarse por hallarse en la ermita, de donde no salía nunca puesto que en la parroquia existía una gran talla en su capilla, que también fue quemada, desgraciadamente. En su lugar se trajo a la parroquia la Inmaculada de Bernardo de Mora porque así estaba segura y además era una gran talla para la formidable capilla obra de Gaspar Lorenzo de los Cobos y costeada a expensas de un señor llamado D. Antonio de Osorio.



La imagen se destruyó pero la fe y el fervor por la ermita sigue intacto. Sustituida la talla por otra de mucho menos valor, sin embargo quedaba todavía otra tarea: la renovación de la techumbre del templo que estaba en pésimas condiciones. Esta se realizó hace ya unos veinte años en colaboración de la parroquia con la antigua y hoy extinta Hermandad Sindical Mixta, ya que la imagen de San Isidro se conservaba –y sigue conservándose– en ese templo. Esta es, queridos compañeros, autoridades y amigos, la pequeña historia de una ermita, de una pequeña y preciosa ermita de San José, erigida por licencia del cardenal Salazar en 1696, terminada en 1700, por empeño de un gran sacerdote, hijo de la villa de Montemayor: Don Pedro de la Mata y Luque. En ella se concentra parte muy esencial de la religiosidad de un pueblo.

(Archivo Parroquial de Montemayor. Legajo Ermita de San José)





Asociación Provincial Cordobesa  
de Cronistas Oficiales



Excma. Diputación  
Provincial de Córdoba